



GUÍA DE LENGUAJE Y COMUNICACIÓN

PROFESOR/A: MARCIA VELÁSQUEZ P.

CURSO: 1° MEDIO.

NOMBRE ALUMNO/A: _____

FECHA: / /2020

UNIDAD: Cero.

OBJETIVOS DE APRENDIZAJE:

1. Desarrollar habilidades de comprensión lectora.
2. Leer y analizar capítulo de texto narrativo.
3. Conocer y entender nuevas palabras.

INSTRUCCIONES GENERALES:

Leer detalladamente 1 capítulo de la novela “Nieve negra” (lectura domiciliaria) y luego responder preguntas de comprensión.

AUTORIZACIÓN COORDINACIÓN ACADÉMICA

Timbre CA de Ciclo

Nieve negra

Camila Valenzuela León, Capítulo cinco

El odio se propaga con facilidad, pensó la mujer mientras veía a la niña cuidar el jardín. Podaba los ñuños que usaría como decoración en el interior de la casona y los dejaba dentro de un canasto de mimbre que urdió la negra. Detuvo su mirada en el canasto y advirtió que era una analogía perfecta de la relación que tenía la niña con la negra: la primera era la materia; la segunda, la urdimbre.

El odio no acaba ni siquiera con la muerte, pensó la mujer. Sin embargo, aunque tenía la certeza de que su resentimiento por la niña continuaría después de que muriera, veía en esa posibilidad un atisbo de paz. Conocería la tranquilidad cuando no tuviera que escuchar su voz de niña convirtiéndose en mujer; cuando no tuviera que ver su pelo oscuro brillar bajo el sol y la luna; cuando no tuviera que oler los ñuños que cortaba para decorar la casa de su padre. No quería más la presencia de la niña en su vida porque cada día que pasaba, el odio se acrecentaba junto con su vejez. Así, mientras la niña se convertía en mujer y ganaba vida, ella se convertía en anciana y se acercaba a la muerte. La vida y la muerte viviendo juntas, una odiando a la otra, y la otra sin hacer caso del odio.

Años atrás, la negra le dijo que ella era la muerte y la niña, la vida; lo cierto es que ella no representaba ninguna pieza en ese tablero. La verdad era otra: la niña era la vida, la negra era la muerte y ambas jugaban como iguales sobre el tablero. Ella, en cambio, era un ser inferior. No inspiraba respeto ni admiración, ni siquiera envidia como cuando era joven y su piel era tan firme como la cáscara de una manzana. Lo único que provocaba en sus criados era temor. Se había convertido en la madrastra descariñada; en la mujer dura y fría que nadie se atreve a mirar. Solo la negra y la niña pasaban a su lado con el mentón erguido y los ojos abiertos mientras los demás agachaban cabeza y párpados. No sabía cómo lo había logrado, pero la negra era respetada por todos, sin importar raza o clase.

La niña cumplió los doce años apenas un par de meses atrás. Era una edad bonita para morir. La mujer pensó que incluso para eso tenía gracia. Maldita niña que ni siquiera en su muerte podía conocer las tinieblas. Había personas que tenían un cordón umbilical con la luz; otras, con la oscuridad. A ella le hubiese gustado pertenecer al primer grupo, pero ese espacio ya había sido ocupado por la niña y donde estaba la niña, estaba su ausencia. Así, mientras a ella le gustaba azotar a sus esclavos, a la niña le gustaba curarlos; mientras ella se refugiaba en la soledad de la noche, la niña disfrutaba la compañía del sol. La niña le quitó cualquier posibilidad de ser feliz. Ahora, le tocaba perder.

Llevaba semanas urdiendo su plan para que todo resultara como lo había pensado. Esta vez, no dejaría espacios para errores y, por lo mismo, la negra no podía enterarse del método que usaría. Ya conocía perfectamente sus intenciones, pero jamás permitiría que averiguara cómo llevaría a cabo el asesinato de la niña. Si la negra la descubría, estaba segura de que impediría la muerte de la vida. Y la vida necesitaba morir.

Hacía tiempo que había conseguido cultivar una planta nativa de Europa, pero con posibilidad de crecimiento en Chile. Algunos la llamaban belladona; otros, cereza del diablo. Le gustaba, sobre todo, por la ambigüedad del nombre. A la niña correspondía la belleza; a ella le pertenecía el veneno negro que utiliza la oscuridad. La niña moriría de la mano del diablo, pero, al mismo tiempo, con la hermosura que siempre la había caracterizado. Miró su rostro en el espejo cuando pensó en esa conclusión. Ya había dejado de contar las líneas que lo cruzaban, ahora se enfocaba en los cabellos blancos que nacían cada vez más cercanos el uno del otro. Quizás, cuando la niña muriera, dejaría de mirar su reflejo en el espejo. Quedaría tranquila ante la imposibilidad de que la vida siguiera corriendo tras de ella, queriendo alcanzar algo que no tiene alcance.

Decidió que haría la mezcla la última noche de otoño. Años atrás escuchó a la negra decir que el otoño simbolizaba limpieza y transformación: así como caían las hojas de los árboles, el ser humano también aprendía a dejar atrás aquello que no le sirve para recibir la primavera de forma ligera y renovada. Era precisamente eso lo que ella quería lograr. Ya no más cargas, culpas, arrepentimientos. No más dudas, segundas oportunidades. Había llegado el momento de actuar, de hacer lo que siempre quiso, pero que nunca le resultó. Esta vez, nadie ayudaría a la niña. Esta vez, su hijastra caería en un sueño eterno.

Era una noche sin luna y, afuera, las fauces del lobo aguardaban por ella. Esperó que la casa completa durmiera para prender la vela que iluminaría su camino por el jardín. Dejó caer la cera derretida dentro del candelabro y luego apretó con firmeza la base de la vela sobre él. Cuando estuvo lo suficientemente estable, giró despacio la manilla, aunque no pudo evitar que la puerta crujiera. Sabía que la niña no despertaría; su preocupación era la negra: no quería que la viera ni mucho menos que se enterara del plan que durante tanto tiempo fraguó. Sin embargo, ningún otro sonido le respondió. Al parecer, nadie despertó. Con la mano derecha alzó el candelabro a la altura de su pecho mientras con la izquierda hacía un escudo para que la llama no se apagara. Caminó hasta la puerta de salida más cercana, la abrió suavemente y salió.

El frío de la noche la recibió. Apretó los dientes y fue hacia el fondo del jardín, donde había plantado la cereza del diablo. Estaba en el rincón más húmedo y lúgubre que encontró, lugares que la niña ni la negra jamás visitaban. No fue necesario contar con mucha luz para ver la planta que casi alcanzaba el metro de altura. Se arrodilló cerca de ella y observó sus bayas negras, que emanaban el olor de la muerte. Dejó el candelabro a un lado y del escote de su vestido sacó un pañuelo blanco con el cual comenzó a coger las bayas. Con diez tendría más que suficiente; sería imposible que la niña resistiera esa dosis. Cuando hubo terminado de obtener los frutos, tomó el candelabro y emprendió rumbo de vuelta a la casa. Sin que nadie aparentemente lo advirtiera, entró de nuevo a su dormitorio y cerró la puerta con doble llave.

Dejó las bayas y el candelabro encima del tocador y, luego, del primer cajón extrajo un peine de carey con forma de flor y siete dientes largos. Era el peine preferido de la muerta. La madre de la niña lo usó hasta pocos días antes de morir y cuando finalmente dejó a su marido, este lo guardó para él. Era uno de los tantos trofeos que tenía de la muerta, recuerdos que le hicieron imposible olvidar la presencia de la mujer y la hermosura de la niña. Probablemente, si el padre estuviera con vida, le habría legado el peine a su hija, pero ella no quería darle esa felicidad ni tampoco estaba dispuesta a ver la copia de la muerta caminando por los pasillos de la casa con su peine y belleza. El peine pasó años guardado y empolvado en el primer cajón de su tocador, pero había llegado el momento de liberarlo. Con su libertad, ella por fin quedaría libre a su vez de la niña.

Extendió el pañuelo donde estaban apiladas las bayas de belladona sobre el tocador y, con los dientes del peine, las aplastó una a una. El borde de carey las rompió fácilmente hasta empaparse por completo con su líquido oscuro. Cuando ya no quedaban bayas por aplastar, envolvió el peine con el mismo pañuelo y lo guardó dentro del primer cajón. Ahí lo dejó reposar toda la noche para que sus dientes se impregnaran del veneno. A la mañana siguiente, sacó el peine una vez más, aunque en esta ocasión no tenía intención de volver a quedarse con él. Se puso sus guantes blancos de encaje y tomó el recuerdo de la muerta. Cruzó la casona hasta llegar al dormitorio de la niña. Llamó a la puerta y su voz, dulce y tierna, le contestó del otro lado para que entrara. Tomó aire para llenar sus pulmones y con la exhalación, giró la manilla. La niña arreglaba una de las flores que decoraban su pieza; cuando la vio, le sonrió apenas. Ya no era tan ingenua como cuando tenía siete años y en su mirada se advertía cierta desconfianza.

Tengo algo que te pertenece, le dijo sin alinear su voz de tonos melosos que pudieran hacerle sospechar. Un objeto que, en realidad, perteneció a tu madre. Solo cuando dijo esa última palabra, la niña dejó el florero y se dio media vuelta para mirarla. Piel blanca, pelo negro, labios rojos que la persiguen, la miran y la increpan. Ya no más, pensó, ya no más. Abrió la palma de su mano protegida por el guante de encaje y le mostró el peine de carey. Tu padre lo guardó y me pidió que te lo entregara cuando tuvieras edad suficiente; ese día ya llegó, le dijo con el brazo extendido para que la niña lo recibiera. Y lo hizo. Lo tomó entre sus dedos temblorosos y los ojos aguados; lo miró con detenimiento como si estuviera frente a la muerta y no frente a un peine viejo y

lleno de veneno. Entonces, lo llevó a su boca, cerró los ojos y lo besó. Lloró cerca del peine como si fuera la mejilla de la muerta. Gracias, le dijo y a la mujer le hubiese gustado responder, por primera vez, gracias a ti. Gracias por hacer esto tan fácil, por no poner resistencia. Gracias porque esta noche ya estarás muerta. Sin culpas ni remordimientos, finalmente, le estaría haciendo un favor: volvería a encontrarse con sus padres, los muertos vivientes que siempre le pertenecieron.

No hizo falta que llegara la noche para que la niña cayera a la cama. Un par de horas más tarde, la cereza del diablo ya circulaba por cada rincón de su cuerpo. Sus efectos hipnóticos la hicieron caer en un estado de sopor que ni siquiera la negra era capaz de entender. Las alucinaciones llegaron junto con las incoherencias. Dijo que su padre estaba vivo y que solo sentía decepción por la mujer que dejó entrar a su casa. ¡La negra tenía razón! ¡La negra tenía razón!, gritaba eufórica mientras su criada le ponía paños mojados sobre la frente. La mujer observaba la escena desde el marco de la puerta para ver a su hijastra morir. Sabía que los efectos de la belladona apenas comenzaban. Luego se le secarían boca, nariz y ojos; le vendría una risa incontrolable, le seguirían los vómitos, la migraña, la sudoración y, finalmente, la parálisis. Una muerte dramática, digna de la niña. No podía sonreír, pero quería hacerlo. Disfrutaba la caída de la niña porque a medida que descendía a las tinieblas, sentía su propio ascenso. Sin embargo, no despertaría sospechas. Se dirigió con paso firme hasta su dormitorio y se sentó frente al espejo que años antes le regaló la negra. Miró su boca, que no era roja como la sangre; su pelo, que no era negro como la madera del ébano; su piel, que no era blanca como la nieve, y se alegró. Una corriente de felicidad, que no sentía desde que su marido le pidió matrimonio, cruzó su cuerpo. Siempre que estaba frente a ese espejo, veía la sombra de la niña tras de ella, pero no esta vez. Alivio, libertad y justicia. Sus deseos de los últimos diez años, por fin llegarían a ella.

La puerta de su dormitorio se abrió de golpe. Solo había una persona capaz de desafiarla de esa manera. La negra la señaló con su dedo índice. No permitiré que nada le pase a la niña, le afirmó amenazante. Y si algo le ocurre, su muerte se fundirá con la de ella. Los dedos de la mujer, finos y largos, recorrieron el borde del espejo. Lo tallaste tú, ¿cierto?, preguntó. La negra no contestó, pero su silencio respondió la pregunta. Lo tallaste solo un tiempo antes de que yo apareciera; recuerdo que cuando me lo entregaste, estaba nuevo. Lo miré y ya no pude despegar mis ojos de él. Al principio creí que era solo mío, como si el espejo formara parte de mí, pero no. Este espejo somos tú, la niña y yo. Ángeles macabros que en ocasiones ascendemos y otras, caemos. La negra se acercó a ella lentamente, paso a paso, hasta quedar tan cerca la una de la otra que podían oler su aliento. El espejo muestra lo que uno quiere ver, le dijo. Usted quiere ver la muerte de la niña en su vida, pero la niña no morirá. La niña nunca morirá. Salió de la habitación tan rápido como había entrado, dejando a la mujer con la sola compañía del espejo: era tiempo de sanar a la niña.

Fue hasta su dormitorio y, una vez ahí, echó a la criada que cuidaba de ella. Nadie manejaba como ella el arte de la curación con plantas medicinales y necesitaba soledad para trabajar. La niña estaba más pálida que de costumbre y sus pupilas dilatadas corroboraban la presencia del veneno en su cuerpo. No necesitaba preguntarle a la mujer qué le había dado: reconocía la cereza del diablo con facilidad. Se sentó sobre la cama al lado de la niña y pasó otro paño húmedo alrededor de su cara, bañada en sudor. El cuerpo de la niña estaba ahí, pero su espíritu se distanciaba cada vez más de la tierra. Es hábil su madrastra, le dijo mientras remojaba de nuevo el paño en el recipiente con agua. Supo que yo no estaría dispuesta a ayudarla y plantó la semilla más fatal que encontró. Luego estrujó el paño y dio toques suaves sobre el rostro de la niña. Pero usted es fuerte, niña. Y yo más, añadió la negra.

La negra se levantó y de los bolsillos de su falda sacó el único antídoto posible para el veneno de la belladona: haba del Calabar. Ayudó a la niña a incorporarse, metió sus dedos dentro de la garganta hasta que comenzó a vomitar. Necesitaba que tuviera el estómago vacío para darle el antídoto y que, de esta manera, surtiera efecto. Cuando ya no quedaba nada dentro de ella, le administró la medicina y la volvió a recostar. La negra advirtió que sus labios ya no eran rojos, que su pelo tenía el color de la muerte y su piel se fundía con el blanco de las sábanas. La niña era nieve negra sobre la cama. Antes de que fueras concebida, ya esperaba por ti. Desde que nací, esperaba por ti. Porque la oscuridad necesita de la luz, así como la muerte necesita de la vida. Vuelve a mí, nieve negra. Vuelve a mí.

Valenzuela, C. (2014). Nieve negra. Santiago: Ediciones SM Chile. (Fragmento).

1 ¿Por qué la mujer odia a la niña?

2 ¿A qué crees que se refiere el narrador con “pasaban junto a la mujer con el mentón erguido y los ojos abiertos”?

3 ¿Cómo se ve la mujer en el espejo?

4 ¿Qué crees que quiere decir la expresión “las fauces del lobo”?

5 ¿Qué pretende hacer la mujer con el peine?

6. ¿Por qué la protagonista creyó que era adoptada?

7. ¿Qué elementos están presentes en las dos historias?

8. Elija a lo menos 8 palabras desconocidas o difíciles de entender y busque el significado a cada una.
